

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

GUERRA A LOS PEDANTES

—Con éstos, con éstos es con lo que debiera vuesa merced emprenderla, y batalla sería la que vuesa merced riñera, qué más gloria habría de darle y más provecho que con sus famosas aventuras de ogaño.

—Los pedantes ya los derrotó Moratín.

—Quítese vuesa merced esa ilusión de la cabeza, que mientras haya Cossios, y Labras, y Mauras y Vincentis en el mundo, no acabó la raza de pedantones en la tierra, y ellos son tales en número, y tan pesados é inaguantables... que en todas partes se les halla y en todas molestan. Coge vuesa merced un libro y el autor le planta á vuesa merced unas cuantas palabrejas latinas, inglesas ó griegas—mal copiadas por supuesto, porque fué la pluma tan inconsciente en copiar como pies de cotorra,—ó ya cita lista interminable de autores... Toma vuesa merced un periódico, y allá el articulista fondero, pedantón, ignorantón, asalariado, llena las columnas de palabrotas exóticas. ¿Oye vuesa merced á un orador? Cielo divino. Cuánta sandez dice el tal soltando cintajos de frases hechas... Lee vuesa merced un decreto, una ley, y allí se encuentra vuesa merced copias de las ideas de todo el mundo.

Emprenda, emprenda vuesa merced la batalla contra esos molinos de viento y pellejos—no de vino—sino de viento también.

Aquí no nos cuidamos sino de las apariencias. Es necesario que las gentes crean que pensamos jondo, aunque bajemos la cabeza tan sólo para contarnos los botones del chaleco.

—Sancho, has de darme licencia para que ataje tu displicencia y te cure del mal humor... Es vago, muy vago cuanto estás diciendo.

—Digo que si vuesa merced no la emprende contra los pedantes—gigantones grotescos,—valga tanto vivir como ahorcarse. ¿Quiere vuesa merced pruebas de la verdad de cuanto digo?

—Vengan.

—Pues una y bien reciente hemos tenido en los libros, artículos y discursos que se han hecho antes de la guerra maldecida. ¡Periódico ha habido—y no uno—que afirmaba no tenía defensas el puerto de Nueva York... y hubiera bastado que mirara un diccionario enciclopédico cualquiera para enterarse de lo contrario! Un plan de enseñanza se acaba de publicar, y por él siguen los mismos procedimiento absurdos de exámenes, igual aglomeración de asignaturas Y ¡si antes un joven había de estarse años y años sin hallar salida para hacer inmediatamente práctico y provechoso el estudio..., ahora se prolonga más ese tiempo. ¿De disciplina interior escolar? Ni punta. ¿De autonomía universitaria? Ni mota. ¿De corrección en el abuso cometido con los libretos de texto? Ni *miaja*.

Hubo un alemán—yo me lo sé esto porque me lo han dicho—que propuso que el tiempo que durara el servicio militar, fuese de enseñanza y educación para el soldado.

Hubo un francés que hizo que la enseñanza elemental tuviere inmediata utilidad, y que las escuelas rurales fuesen granjas y casi pequeñas Universidades.

En todo lugar no muy pequeño, el médico puede enseñar higiene privada y pública, por conferencias prác-

ticas que de tiempo en tiempo diere. Nociones de Química y Botánica, el farmacéutico. Nociones de legislación elementalísima, el secretario de Municipio. Veterinaria, el veterinario. Instrucción general, el maestro, y moral y religión, el señor cura. ¡Si leyeseis el plan!... ¡Qué detallado y hermoso!...

No se olvide que Bélgica ofrece por menos de ciento veinte pesetas pequeños gabinetes de Física para las escuelas.

¿Y qué diré á vuesa merced de nuestras libérrimas Universidades antiguas? El bachiller Sánchez Carrasco me ha instruido en esto; con decir á vuesa merced que el plan de ellas es el que hoy tienen las Universidades de Losa, de Hardand y casi todas las del mundo.

Que así como dimos á Federico el Grande—véase Alvaro de Bazán—la organización militar y que en nuestras antiguas milicias se inspiró Santerre y Carnot para la organización de los modernos ejércitos, diremos, Sr. D. Quijote, que España, nuestra España apañada fué maestra del mundo y que en sus viejas cosas guardadas en el arca hallara lo que los pedantes y tontos quieren, como Gamazo, buscar fuera.

—Muy bien dicho... y basta por hoy, que además nos hemos subido un poquito de nuestro papel metiéndonos en lo que otros debieran ocuparse... en decir concreta, detallada y precisamente las cosas.

Pero que no nos digan que España está decadente... porque tiene chica la manopara abarcar con ella el vasto territorio. No nos digan que está decadente porque esté mal gobernada ó porque no logró después de desangrada, vencer.

No nos digan tampoco... así por hablar... que no nos son necesarias las colonias...

¡Estudien con entendimiento y calma...!

—Razón, razón tiene vuesa merced. Necesario es que no se atrevan los pedantes á poner sus manos en el arca santa de la alianza de los pueblos de España... porque si la nación calla... alguna vez hablará por modo sorprendente y realizará entonces actos de admirable é inesperada grandeza.

COLOCACIÓN PARA LOS FRAILES

Decía Víctor Hugo: «En todo pueblo hay una luz encendida, el maestro de escuela, y detrás una boca que sopla, el jesuita.»

La frase del gran poeta es aplicable á España más que á ninguna otra nación.

La enseñanza es luz que molesta á los reaccionarios, y convencidos de que la antorcha de la instrucción es eterna, ya no intentan apagarla; hacen algo más cómodo y práctico, se apoderan de ella.

Hace tiempo que se quejan amargamente los maestros en todas las ciudades de España.

Cada vez disminuye más el número de alumnos en sus escuelas, y el pobre profesor, que al ser retribuido oficialmente firma un compromiso de morirse de hambre, al acudir á la enseñanza particular ve no menos en peligro su subsistencia.

Los jesuitas se apoderan de la educación de los ricos para lucrar; y las innumerables órdenes religiosas de procedencia extranjera y hábito exótico, que son como prolongaciones de la Compañía de Jesús y han

caído sobre España cual nube de langosta, se encargan de la enseñanza de los pobres para formar soldados de la reacción, futuras generaciones que aspiren al envilecimiento universal, a la tiranía teocrática con suprema felicidad.

El plan del jesuitismo no está mal discurrido.

Mientras existan maestros sin sotana quedarán liberales. Lo que importa es apoderarse del niño, encadenar su voluntad, moldear su inteligencia á capricho, y quien se hace dueño absoluto de la generación de mañana, está seguro de reinar en el porvenir.

De aquí su lenta y segura propaganda, la creación de todas esas comunidades nuevas que poco á poco se apoderan de la niñez pervirtiendo sus tiernas inteligencias con el odio á la libertad y el amor al anonadamiento mental.

Unos cuantos años más de labor tan infame y tendrán que cerrarse las Escuelas Normales. Nadie estudiará para maestro. ¿A qué? Frailes, monjas y jesuitas estarán encargados absolutamente de la enseñanza, pues con ser los maestros españoles devotos y rutinarios en extremo, la general mentecatez creará que el abecedario y la aritmética nadie puede enseñarlo mejor y más claramente que los que arrastran faldas y ostentan un trasquilón en el cogote.

Ya le sabe á poco á la reacción jesuítica apoderarse de la primera enseñanza, y amparada por el espíritu retrógrado de la restauración, va á dar el asalto á los Institutos y Universidades.

LA FILIACIÓN

—¿Cómo se llama usted?

—Perico Pérez.

—¿Edad?

—Veintidós años, poco menos.

—¿Casado?

—No señor.

—¿En qué se ocupa?

—Cajista de una imprenta.

—Bien; obrero.

—Justamente señor, con ese oficio gano el pan de mi casa, mi sustento, y el de la pobre anciana que me aguarda al volver por la noche...

—¡Bueno, bueno!...

Eso no importa aquí. ¿Y usted qué alega?

—¿Cómo?...

—Si tiene usted algún defecto

que le impida servir bien á su patria.

—Defecto, no señor; lo que yo tengo

es el santo deber de que á mi madre

no le falte ni pan ni blando lecho.

—¿Tiene usted padre?

—¡Sí!

—¿Sexagenario?

—¡Aún no!... ¡Poco le falta al pobre viejito!

¡Ya ve usted!... Trabajando ha pocos días.

en el andamio, se rompió el madero,

y su cuerpo lanzado en el espacio

rebotó varias veces contra el suelo.

—¿Pero está inútil?

—No; según me ha dicho

esta mañana el médico,

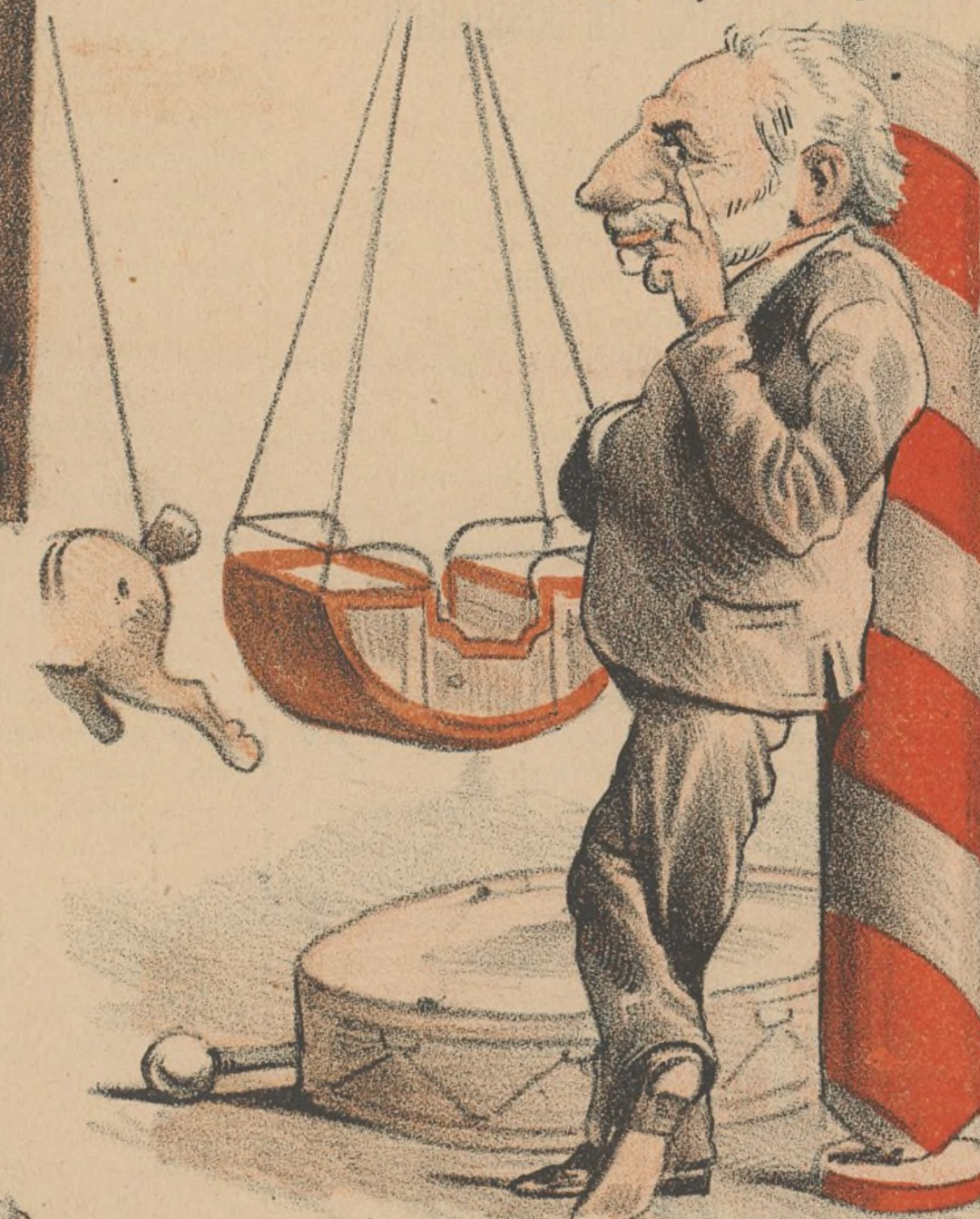
DON QUIJOTE



Comienzan las negociaciones.



El boticario y la chulapa, ó celos mal reprimidos.



En la feria.
El eterno «tío vivo».



Ridíósl ¡Qué entenderán por dietas en este país!



—¡Conque ya lo sabís: matémosla toudos!



El esquiteo del nuevo Wamba.

Ayuntamiento de Madrid

Lit. de la Vinda de M. Bautista, Jesús del Valle, 22.

dentro de un plazo, aunque lisiado y débil podrá mi padre abandonar el lecho.
—¿Y es largo el plazo?

—Regular. ¡Diez meses!
—¡Vaya por Dios!... Pues bien; vaya allá dentro y que le tallen: es la última cosa que le falta, y aquí vuelva al momento.
«¡Pedro Pérez, soldado sortable!»
—¿Soldado sortable?... ¿Cómo es eso?
—Que tiene usted el deber de ir á las filas y dar su sangre por la patria.

—Pero...
¿Y mis ancianos padres?... ¿quién les lleva entretanto á su hogar, los alimentos?
¿Quién puede al pobre viejo desvalido darle un trozo de pan, hogar, consuelos?...
—¡Ande usted!

—¡Pero...!
—Nada. ¡Otro recluta!
¡En las leyes no está previsto eso!

MIGUEL REY RIVADENEIRA.

OPINIONES

—España es la nación que mejor hemos logrado explotar y dominar. —*Un jesuita.*

—Mientras en la aristocracia de la sangre y del dinero imperen los cuernos, España será nuestra. —*Un torero.*

—Da gusto ser español y ocupar este cargo. Sólo tenemos la responsabilidad de cobrar la cesantía cuando no estamos de turno. De lo demás no respondemos aunque nos pregunte quien nos paga. —*Un ministro.*

—¡Ah! si no fuera por la censura... —*Un periodista.*
—Pues yo no comprendo por qué actuando nosotros de fiscales, no se encargan los magistrados de las maniobras militares. Así saldríamos todos fastidiados. —*Un militar.*

—No podemos consentir que nos quiten nada de la paga que ganamos. —*Un obispo.*

—Pero ¿es verdad que el clero cobra? —*Un maestro de escuela.*

—Vergüenza da pensar que después de las repetidas pruebas de protección que nos ha dado la Divina Providencia, el gobierno no haya establecido «un poquito de Inquisición» para castigar á los impíos que atacan á los pobrecitos frailes de Filipinas. —*Un cristiano.*

—Desde que me han asegurado que podremos llevarnos todo lo nuestro y que en la Península son más guapas las «babays», no he cesado de dar gracias al Altísimo por la protección que dispensa á los españoles. —*Un fraile filipino.*

—Pero escuche usted, tío: Sin Antillas ¿dónde voy yo á redondearme? —*El sobrino de un ministro.*

—Dicen que llegamos desconocidos... ¿Qué otra cosa podía suceder? Lo único que nos consuela es encontrar tan gordos y alegres como antes á los que nos enviaron á Cuba. —*Un repatriado.*

—¡Cuán palpable se me presenta la protección Divina! Hasta los desastres y duelos de una nación entera me llenan de millones... —*El marqués de Comillas.*

—Dad á la Iglesia y sus ministros y os salvaréis. Despojaos de todo en la hora de la muerte. Primero pasará un camello por el ojo de una aguja que entrará un rico en el reino de los cielos. —*Un predicador.*

—Ayer fueron enviadas á Roma 30.000 pesetas con destino al dinero de San Pedro. Todo va bien. —*Un sacristán.*

—¡Cuán hermosos están los campos!... Y esa orden de tiranos, ¿cuándo llega? —*Un carlista.*

—Recargo... Aumento... Nuevos impuestos... ¡Socorro! —*Un comerciante.*

—Tenemos hambre de pan... y de justicia. —*Un obrero.*

—¡Cuán fácilmente se gobierna un pueblo de simplotes, como el español. Soy el primer estadista del mundo. Ruede la bola y ocupe yo el poder para bien de mis sobrinos. —*Sagasta.*

DOS MISIONES

No me acuerdo del nombre de la villa
lugar de la ocurrencia,
ni si fué de León ó de Castilla,
de Asturias ó Valencia.

Sólo sé que se asienta entre montañas,
de moles colosales,
en medio de una sierra con entrañas
de ricos minerales.

A la vez que unos doctos ingenieros,
llegaron á sus muros
unos lúgubres padres misioneros
con hábitos oscuros.

Al entrar los austeros capuchinos,
hubo reñida lucha

por llevarse á su casa los vecinos
á alguno de capucha.

¡Qué contraste! Los hijos de la ciencia,
sus egregios rivales,
sólo hallaron glacial indiferencia
de aquellos naturales.

Terminado el estudio de la zona,
partieron en seguida;
lo mismo que al entrar, ni una persona
les dió la despedida.

Los frailes la emprendieron á sermones.
El fruto vino luego,
levantándose en armas los varones
con fanatismo ciego.

¡De la guerra civil ardió la teal
Los rudos montañeses
vieron poco después arder su aldea,
sus bosques y sus mieses.

Las discordias civiles se apagaron
tras de combates fieros
y con la paz bendita regresaron
los doctos ingenieros.

¡Oh, qué asombro el de aquellos campesinos
ayer indiferentes,
al mirarlos trazar férreos caminos
y túneles y puentes!

La ligera y gentil locomotora
silbó con arrogancia,
y la aldea, antes pobre, vive ahora
feliz en abundancia.

Y hoy, al honrarla doctos ingenieros,
¡qué alegre efervescencia!
y al anuncio de padres misioneros...
glacial indiferencia.

DECLARACIONES DE ESQUERDO

LOS REPUBLICANOS UNIDOS

...«Esa necesidad la siente de tal manera la nación, que por todas partes oímos preguntar: ¿Qué es lo que hacemos? ¿A qué aguardamos? Y es que se comprende ha sonado la hora de una profunda transformación, que arranque del fondo mismo de la sociedad, que todo lo trastorne y todo lo mude, que venga de abajo, de lo que hay sano y honrado en nuestro pueblo, que aún vive, á pesar de veinticinco años de un régimen que, llamándose restaurador, todo lo ha perdido.

»Lo que yo sé, lo que afirmo, es que jamás han estado los republicanos tan unidos, sin que haya pacto de coalición ni de inteligencia entre ellos, que tales pactos no hacen falta cuando se siente universalmente por todo buen demócrata esa necesidad de cambio, y también la de hacer una política de ancha base en que quepan todos, incluso aquellos que, viniendo de otros campos, se arrepientan de sus errores.

»Es tiempo de olvidar agravios y de sumar fuerzas. Cuando las jornadas de Julio, en Francia, había en cada barricada un centinela que hacía cumplir rigurosamente la siguiente consigna militar: «Todo el que pase depositará una piedra en el montón tras el que combate el pueblo». El ciudadano que resistía y no obedecía la consigna, era fusilado por traidor á la patria. Pues bien: ahora será mal republicano, mal demócrata y mal liberal el que no traiga su piedra...»

PASATIEMPOS

(CON PERMISO DE LA CENSURA)

—¿Cómo conoce usted la edad de un pavo?
—Por los dientes.
—Un pavo no tiene dientes.
—El no, pero yo sí.

El. — ¿Qué representa ese cuadro?

Ella. — Bien claro está: un joven que acaba de declararse á su amada, y ella le ha aceptado... ¿Cómo lo titula el pintor?

El (examinando). — No sé... ¡ah, sí, ya lo veo! Está escrito en una tarjeta: ¡Vendido!

Viajero (á orillas del Niágara). — ¿Estamos cerca de la cascada?

Guía. — Sí, señor, y en cuanto las señoras dejen de hablar, oirá usted el gran estrépito de las aguas.

— ¿Será verdad lo que dicen los médicos, de que es muy peligroso teñirse el pelo?

— Peligrosísimo... Te aseguro que nada exagera. Yo tenía un tío que ensayó cierto tinte, y antes de los tres meses... se casó con una viuda, pobre y madre de seis retoños llorones.

Operario. — Señor director, vengo á pedirle un pequeño aumento de sueldo: acabo de casarme.

Director. — Siento mucho no poder complacerle... La compañía no responde de las desgracias que suceden á sus empleados fuera de la fábrica.

Juan. — Dijo el lechero á su nuevo repartidor — nunca te apartes de la verdad... Malo es engañar, pero mentir es mucho peor. ¿Ves lo que estoy haciendo ahora?

— Sí, señor; está usted echando agua á la leche.
— No, no es así. Fíjate bien: estoy echando leche en el agua... Por lo tanto, si alguien te pregunta si echo agua á la leche, siempre debes decir que no. ¡Nunca te apartes de la verdad, Juan!

— ¿Sabes que nuestro amigo el poeta N. se ha casado?

— Querrá duplicar el número de sus lectores.

— ¿Tuvo usted buen éxito con su primer paciente doctor?

— Sí; la viuda pagó la cuenta.

Al relatar un niño los castigos que á un amiguito suyo le imponían los padres, exclamó sentenciosamente:

— Los chiquitines deben tener mucho cuidado en la elección de papás.

Presidente del cortejo fúnebre (á un caballero que se coloca á su lado). — ¿Forma usted parte del duelo?

Caballero. — Sí, señor: el difunto me debía tres mil pesetas.

En tertulia. Un joven gomoso. — Hace tres años padecí una enfermedad tan grave que el médico afirmó lo siguiente: O se muere, ó se queda imbécil para todo lo que le resta de vida... ¡Y ya ven ustedes que no me he muerto!

Los tertulianos, á coro. — ¡El nombre, el nombre de ese sabio doctor!

— ¡Cruel, ingrata! Puesto que no correspondest á mi amor... iré á llorar tu desvío á lejanas tierras, pasaré mi vida viajando.

— ¿Y me escribirá usted á menudo? ¡Oh qué dicha!

— ¡Cómo! ¿Tal vez al partir podré llevar conmigo una esperanza?

— No, eso no... Pero si usted me escribe, enriqueceré mi colección de sellos.

— Estoy enterado de lo que te sucedió anoche en el casino, que se armó una trapatiesta de todos los diablos, y palos van, y palos vienen...

— No; palos vienen, nada más.

— Doctor, estoy muy enfermo.

— ¿Qué siente usted?

— Una cosa... aquí, en el estómago, que unas veces sube, otras veces baja; y vuelve á subir y á bajar...

— Se habrá usted tragado impensadamente un ascensor.

Mamá. — Pero niño, ¿por qué estás continuamente mordiéndote las uñas?

Niño. — Porque así no me araña la nariz cuando me meto en ella los dedos.

Hoy ha estado á visitarme el Padre Jacinto con su hermana.

— ¿Y qué es la hermana del Padre Jacinto?

— Pues... la hermana del padre siempre es una tía.

LIBROS

Esperanza morta, sentidísima égloga, escrita en muy hermosos versos, por el distinguido poeta portugués Eugenio Pimentel.

De venta en todas las librerías.

Estudios y observaciones sobre los presupuestos generales del Estado, por D. José Sánchez Segundo.

Folleto de gran interés en que el autor demuestra sus grandes conocimientos económicos.

¡Si así pensara y escribiera Puigcerver!

De venta en la administración de *La Ley*, Fernando VI, 5.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca 18.